

[21]

COMUNICACIÓN Y PERTENENCIA Dialéctica entre la practica y el “sentido”

J. Severino Croatto

Conservamos en gran medida el modo esquemático de presentación que el tema tuvo en la reunión anual de la SAPSE. Resultará una reflexión breve, que nos gustaría fuera realimentada por el lector, lo que significa recontextualizarla desde otras perspectivas. Diversos trabajos de este encuentro desentrañan también el tema y muestran su relevancia para la comprensión de la palabra de Dios, acontecimiento que sólo se explica como dialéctica entre lenguaje y sentido en el marco de una *pertenencia*. Pero hay ciertas condiciones que regulan la comunicación y la pertenencia, que conviene poner en relieve. Por no ser tenidas en cuenta algunas de ellas por la teología, ésta acostumbra estar desfasada, o entender al revés ciertos fenómenos como el del conflicto de las interpretaciones o la tensión entre hermenéutica y tradición.

Vamos a considerar siempre comunicación y pertenencia como dos aspectos inseparables entre sí, y mutuamente condicionantes, de la práctica sociohistórica, en la que se genera y crece la palabra de Dios consignada en la biblia, y toda otra palabra “de Dios”. Esta nunca cayó del cielo. Es como la luz del sol que engendra la vida *en la tierra*, donde nace la planta y la semilla.

I. El horizonte de sentido de la praxis humana

El fenómeno de la pertenencia no se refiere únicamente al lenguaje (comunicación) sino también al conocimiento y a la acción, casos ambos en que aquél opera como mediador. Partamos de la

[22] realidad humana o sociohistórica, en cuanto transformada constantemente por la praxis e interpretada en un lenguaje (la dialéctica acción-conocimiento es fundamentalmente una dialéctica entre acción y *lenguaje* interpretativo).

Toda praxis humana está. “situacionada”, delimitada por un *horizonte de sentido* que la hace infinitamente variada por el hecho mismo de que la regionaliza. En efecto:

- a) por un lado, el hombre *trabaja* y se realiza como ser social “contextuado” (sus prácticas están recortadas por una serie indefinida de círculos de “pertenencia”: el país, la profesión, el gremio, la tradición, el idioma, el grupo familiar, etc.);
- b) por otro, *conoce* y piensa dentro de un horizonte determinado: el pensamiento universal no existe, y el individual es de por sí marginal. Hay “pensadores” que no tienen ninguna relevancia en la vida de los hombres;
- c) una praxis social total corresponde a una *cosmovisión comunitaria* y “contextuada” (¡la praxis individual es marginal!). El *ethos*, el ‘modo-de-ser’, el espíritu de una época o sociedad, son fenómenos aglutinantes que implican una pertenencia cosmovisional. El hombre genérico o universal es una abstracción que no deja nada en el hombre. De hecho, cada hombre “pertenece” de mil maneras, y como única forma de comprenderse y de “comunicarse”. Por lo mismo, tampoco hay lenguaje universal. O en términos más correctos, no hay “habla” universal; tampoco “lengua”, ya que el fenómeno mismo que estamos describiendo explica que no haya una sino muchas. En pocas palabras, el hombre necesita estar situado en un horizonte de sentido, en que la acción, el conocimiento y la cosmovisión no son difusos y genéricos sino situados y pertinentes.

II. Teoría y práctica, estructuralmente consideradas

De donde resulta que el esquema teoría-práctica (= conocimiento-acción) no vale a secas, sino que debe ser ampliado y enmarcado en una totalidad estructural, en la que las *prácticas* vienen mediadas

[23] por las *instituciones* que las regulan, y por lo que se llama el “universo simbólico” o visión-del-mundo, expresado a su vez en un *lenguaje* que se mueve circularmente, interpretando, motivando o cohesionando las prácticas.

En todo esto, se va generando —o mejor, expresando— una “pertenencia”: las prácticas emiten sentidos para un grupo contextual. El lenguaje se hace cada vez más “propio”, constituyente de un universo de símbolos regional. Se puede analizar la “pertenencia” cada vez más estrecha de las prácticas y del lenguaje de Jesús y su grupo inicial frente al universo simbólico anterior de donde surgen, o de Israel respecto al ethos semítico ambiental, y de cualquier grupo humano que surja y se constituya en la historia. En todos los casos, encontraremos una pertenencia en los cuatro niveles antes mencionados: las prácticas, las instituciones, el universo simbólico, el lenguaje como tal.

Destaquemos desde ya que este fenómeno de “pertenenciación” genera simultáneamente otro de escisión (que es una pertenencia vista desde otro punto). La “pertenencia” originada por las prácticas de Jesús ponía en relieve la pertenencia “farisaica”, y luego -como una nueva etapa de crecimiento- la pertenencia cristiana destacaba la judaica, y así sucesivamente.

III. Tipología de la pertenencia

En este fenómeno de la praxis humana se puede constatar:

Una “clausura” del sentido

El símbolo, de por sí abierto, se *especifica* y de-limita en tal o cual cultura o cosmovisión. Lo mismo sucede con los valores, las ideas y todo lo que parece universal. El sentido originario de un símbolo se parcializa, por ejemplo, al ingresar en un relato mítico que nunca es “universal” sino contextual. El símbolo de la inmersión bautismal de los esenios y de los primeros cristianos guardaba su significación profunda de purificación, pero ésta estaba “recortada” en cada uno de los universos cosmovisionales. Hay una “palabra” (el querigma) que resignifica el rito genérico y lo enfrenta a otra “palabra” resignificante. Hay en efecto una pertenencia a nivel simbólico.

[24]

b) *Una pertenencia lingüística*

El lenguaje como “habla” (o sea, el acontecimiento de la lengua en el discurso) también *estrecha* la polisemia originaria de la lengua, a través del diálogo, la situación, el mundo-del-que-habla..., pero sólo transitoriamente, ya que ésta se libera nuevamente en la *obra* o texto literario. El autor queda distanciado y el lector es el nuevo intérprete que dialoga con el texto desde otro horizonte de comprensión. Habría que retomar aquí las excelentes reflexiones de Paul Ricoeur sobre la función hermenéutica de la distanciaci3n, elemento metodol3gico que ha hecho avanzar últimamente los estudios hermenéuticos. Toda lectura de un texto se hace desde una pertenencia cosmovisional que permite la afloraci3n de su reserva-de-sentido. De lo contrario, la lectura es repetici3n y no *re-lectura*. Y la aparente tradici3n pura sería la muerte de toda tradici3n viviente.

c) *Una pertenencia a nivel de praxis*

Una praxis social (como parte de una praxis humana más amplia) también delimita lo universal. Bajo algú n aspecto, es esclavizante, atrapa al hombre concreto. Pero ahí está también su fecundidad y su intensidad. Es difícil que un proyecto histórico se construya y realice actuando “universalmente”: las prácticas del pueblo chino no son equivalentes a las del argentino.

En los tres casos señalados tenemos una “contextualizaci3n” de lo universal, con un doble efecto: la circunscripci3n o pertenencia a un grupo; y una comunicaci3n ad intra que posibilita la circularidad entre prácticas-instituciones-universo simbólico. El lenguaje, en efecto, es “pertinente”, o es incomprensible.

IV. Pertenencia y ruptura

El proceso de la pertenencia no es rectilíneo; tampoco la pertenencia es fija y cerrada. El hecho mismo de la pertenencia —según hemos insinuado en II— muestra que ésta surge en algú n momento, como desprendimiento de otra anterior. Es la condici3n de toda fecundidad y de toda praxis humana. Donde hay lucha y ruptura, allí surge lo nuevo.

[25]

a) Una praxis reducida a las posibilidades del universo simbólico dominante (la “visión” o teoría) se hace artificial y atrofia al hombre, ritualizándolo en “lo mismo”. Es lo que ha pasado en la teología y en la vida de las iglesias durante muchos siglos. El modo de producción teológico reproducía el sistema que normaba la praxis de los cristianos más de acuerdo a un código (iglesia católica) o una cultura (iglesias protestantes) que según una lectura situada del evangelio. En estos casos, el sistema cosmovisional busca reproducir la pertenencia “una”, haciendo imposible la catolicidad de la fe encarnada. De hecho, se trata aquí de una pertenencia desfasada.

b) Hay otra pertenencia que se funda en una praxis operativa, que hace “estallar” un universo simbólico. En tal caso, la praxis ya es una reinterpretación de la vida, recogida luego y profundizada en una nueva “palabra” (relectura hermenéutica). Cuando la praxis es reinterpretativa se vuelve conflictiva con la praxis iterativa, reforzadora del universo simbólico que la motiva circularmente.

e) Es en el seno del conflicto de las interpretaciones donde surgen nuevas prácticas y nuevos grupos. Lo confirma el estudio del surgimiento de cualquier institución, comunidad o pueblo, partido político, secta religiosa, movimiento cultural, sistema filosófico, etc. Si Israel no hubiera roto con los cananeos, si Jesús no hubiera roto con Israel, si tantas instituciones cristianas no hubiesen reinterpretado y vivido conflictivamente sus propias prácticas, no tendríamos ni a Israel, ni al cristianismo ni el nuevo rostro emergente de la iglesia.

¿Cómo se da la comunicación en todo esto?

De alguna manera hemos mostrado que la comunicación se da, en su amplitud *comprehensiva*, sólo con una clausura del sentido contextual. De allí su concentración. Y la posibilidad de explorar la reserva-de-sentido. Cualquier hecho salvífico de la historia bíblica sirve de modelo para verificar lo que decimos. Cuando la pertenencia se profundiza por una experiencia enriquecedora, el lenguaje se concentra, se multiplica semánticamente, se recarga que-

[26] rigmáticamente distanciándose al mismo tiempo de otras “pertenencias”. Los cananeos habrían sido totalmente incapaces de captar el sentido de palabras y relatos hebreos de un mismo fondo cultural. Por eso es un contrasentido imaginar que los “oráculos contra las naciones vecinas” de los profetas hayan sido proferidos contra esas naciones. No hubieran tenido ningún sentido; fueron dirigidos a Israel.

Aquella clausura de la comunicación refirma y reelabora la *tradición* (como continuum o eje diacrónico del sentido). Del mismo modo que en el lenguaje común el “uso” de un vocablo con tal o cual connotación supone un contexto, una tradición, y engendra una “concentración” semántica. Pero cumple aquella función en el “acontecimiento” de la comunicación misma (en su puntualidad) y -por lo tanto- pierde su conexión con la reserva-de-sentido si intenta “permanecer”: tradición rígida, teología perenne, predicación moldeada y repetitiva, valores eternos sin mediación histórica, el teólogo o el filósofo que oculta su incapacidad de reflexionar sobre la praxis actual de los hombres legitimando los valores perennes de Platón, Heidegger, Tomás de Aquino o cualquier otro.

A partir de un acontecimiento significativo originario se constituye una praxis y un discurso concomitante e interpretativo (en mutua interacción). Si únicamente el discurso genera la praxis, ambos se inmovilizan en la repetición de lo mismo. Pero la relación dialéctica, a veces conflictual, entre los dos polos, hace que ambos se recreen. Repetir a santo Tomás al infinito no es interpretarlo sino agotarlo. Superándolo, se lo interpreta en la fecundidad de su pensamiento. La lectura que Ricoeur hace de Freud no repite a éste (tal vez se hubiere escandalizado, si viviera) pero descubre inmensas posibilidades que no pudieron ser “dichas” por él en su momento histórico.

De *ahí* que, cuando un mensaje no “produce” una acción (aunque se reproduzca como mensaje-ideología) se quiebra la comunicación, con la posibilidad de que se genere *otro* discurso y hasta otros símbolos-motores. En este caso, también la pertenencia se escinde (como una célula) en nuevas pertenencias (nuevas células) que dan paso a un crecimiento de la praxis sociohistórica, la que, a su vez, tendrá siempre una “unidad” mayor, como las células en el organismo.

[27]

Cuando la pertenencia es clausuradora del sentido im-pone una lectura de los hechos fundantes que no asume necesariamente la “significación” de la realidad presente: en este caso, la realidad se lee a partir de la pertenencia..., la que a su vez legítima una praxis determinada y rígida (el lenguaje “cristiano” de ciertas ideologías, la sacralización del fundador en quien se encuentra dicho todo lo que se descubre después...). No se quiere abandonar una pertenencia “simbólica” y entonces se “fuerza” la realidad. No hay circularidad. Pero entonces surge otra lectura de los hechos fundantes generada por la praxis misma como orientadora del sentido. El abandono de una pertenencia puede ser creativo.

Podemos concluir con un esquema muy simple:

- a mayor pertenencia, mayor comunicación “ad intra” y menor receptividad de afuera (el emisor también debe “pertenecer”); se puede ilustrar con el ejemplo ya dado de los oráculos proféticos contra las naciones;
- al revés, a mayor pertenencia, menor comunicación de afuera, más fuerte en el interior del grupo: hay como una eficacia de la palabra “pertinente». Para el cristiano la transmisión del evangelio tiene otra fuerza que la recepción de un texto islámico. Cuando una cosmovisión se cierra en sí misma es impermeable a toda “infiltración”; un pretendido exceso de sentido oculta un raquitismo profundo, manifestado en las prácticas.

Todo esto nos puede servir para reflexionar ulteriormente en la incomunicabilidad radical de algunas pertenencias cerradas y -en el punto contrario- en la necesidad de considerar a la praxis como generadora de nuevas pertenencias, en cuanto lleva implícita la relectura de los símbolos de pertenencia y modifica la posibilidad de comunicación.